

Suspense

Confusa Situación en Argentina

Por Alardo Prats

En realidad, desde el día en que desapareció de la escena argentina el general Perón, la situación prevaleciente en la República del Plata derivó hacia un proceso de inestabilidad incontrolable, de terrorismo crónico, de crisis de las instituciones y de inseguridad política, económica y financiera.

El ciclo de desórdenes iniciado al retorno de Perón a Buenos Aires, no ha terminado. A medida que ha transcurrido el tiempo, se han agravado todos los problemas y se han convertido en impracticables las soluciones que con carácter de extrema urgencia, demandaban y demandan.

El orden público se deterioró gravemente. Se desató una interminable sucesión de asesinatos y de secuestros y lo que parecía una tarea relativamente fácil —pacificar los espíritus exaltados por el triunfo peronista— tuvo las más extrañas y anómalas derivaciones.

El movimiento peronista se escindió y se atomizó al dividirse en múltiples facciones disidentes entre sí con criterios difícilmente conciliables y criterios de acción divergentes de lo que había sido la ortodoxia peronista en lo pasado.

Por supuesto, tal ortodoxia también afrontaba una profunda crisis de credibilidad y razonada adhesión en todos los sectores de la opinión pública argentina.

El peronismo había sido y era un fenómeno personalista y carismático con una ideología limitada, anacrónica y desvinculada de las grandes corrientes políticas y sociales de nuestro tiempo.

Al desaparecer Perón el peronismo perdió una muy considerable parte de su fascinación proselitista y de la atracción que proyectaba en las masas populares.

Es lo que siempre ocurre en cualquier sociedad, cuando el culto irracional a la personalidad, sustituye la adhesión colectiva a las instituciones permanentes y arraigadas.

Los hombres, aun los más grandes pasan, en tanto las instituciones permanecen. También evolucionan y se transforman. Vincular en una sola persona, aunque sea un genio, la suerte de una comunidad humana, es en el mejor caso una imprudencia temeraria; en el peor es tentar la catástrofe que invariablemente se desata siempre que las mejores ideas y los programas mejor concebidos y pensados, no llegan a institucionalizarse o sea, a darles alientos de perduración y de eficacia operante

más allá de las contingencias personales y las insalvables limitaciones de la condición humana.

El peronismo no creó instituciones permanentes; ni siquiera, duraderas. En este aspecto, ha vivido y vive de prestado y atenido, no a las instituciones que pudo crear y sostener si no al culto a la personalidad de un hombre de grata memoria para sus partidarios y seguidores.

Pero desgraciadamente, el hombre ya no existe, aunque su recuerdo perdure como un testimonio de reconocimiento a lo que fue y lo que pudo ser.

El culto a la personalidad, desborda la frontera infranqueable de la muerte.

Comporta extremos imaginativos entre la realidad y el supuesto histórico, tanto más agudos cuanto más lejanos aparezcan en la perspectiva del tiempo.

Para millones de argentinos, Perón fue un gran hombre, un hombre excepcional, más por lo que pudo hacer que por lo que hizo. Su carisma personal, dentro de las circunstancias en que vivió y actuó, no es delegable y menos hereditario, aunque no es infrecuente que alguien lo aproveche y administre, como si se tratase de un bien parafernalia.

Es el caso de la señora Perón, presidenta de Argentina, un caso tal vez único en el mundo contemporáneo. Heredó a la muerte de su esposo la Presidencia de la República argentina, como cualquiera reina de los tiempos pasados, al enviudar de su marido.

No se pueden negar los títulos de legitimidad democrática que lo asisten dentro de la estructura institucional vigente en Argentina. Pero la Presidenta Isabelita Perón, es sucesora y heredera de Perón. Nada más, ni nada menos.

Es bastante. Pero su carisma dista mucho de ser el de Perón, como la realidad lo ha demostrado. No podía ocurrir de otro modo. Agobiada por los onerosos cuidados inherentes al ejercicio de su ardua misión, se enfrenta a una situación confusa y complicada.

Ha luchado denodadamente contra una huelga general presentada por la poderosa central sindical C.G.T. que ha afectado a todas las provincias de Argentina. Ha luchado con relativo éxito. El Gobierno se ha visto constreñido a acceder a las demandas salariales de los trabajadores.

Rápidamente, en las ciudades y en los pueblos argentinos, se ha restablecido la movilidad. El conflicto obrero se puede dar por terminado, más no ocurre lo mismo con la crisis política

planteada casi al mismo tiempo que se declaró la huelga general.

El gobierno dimitió en masa. Isabelita Perón no lo ha sustituido aún. Por otra parte, en un abierto desafío a la Presidenta, el Senado eligió a su presidente, cargo que se hallaba vacante, cuyo titular es el inmediato sucesor constitucional de la jefa del Estado, en caso de licencia, renuncia o muerte.

La designación recayó en el senador Italo Luder.

Isabelita Perón aconsejó previamente en una reunión con los senadores, que no eligieran presidente del Senado, elección que calificó antes de efectuarse, como algo sospechoso y directamente vinculado a un golpe destinado a echarla del país.

La Presidenta había presentado al Senado un proyecto de ley, llamada de Acefalia, que reglamenta la sustitución del Presidente de la República, pero el Senado modificó el texto, suprimiendo en la lista de los funcionarios elegibles para la Presidencia provisional, a los miembros del gabinete, tal como lo había propuesto Isabelita.

El presidente del Senado actuará como Presidente provisional de la República, en el caso de que por alguna razón, la presidencia quedase vacante. Sólo podrían aspirar a la presidencia provisional, los senadores, los diputados y los gobernadores de las provincias.

Isabelita aconsejó al Senado que modificase la ley, en el sentido de que pudiera ser elegido Presidente provisional el diputado Lastiri, yerno de José López Rega, secretario privado de la Presidenta y ministro de Bienestar Social.

Isabelita no ha nombrado nuevo gabinete. Se supone que cuando lo nombre, José López Rega continuará en sus cargos, cosa que rechaza la gran mayoría de la población.

La huelga terminó con un triunfo de las organizaciones obreras. La crisis política, no es tan fácil solucionarla.

Es la primera dificultad realmente grande, que encara la Presidenta Isabelita Perón, que tendrá que elegir entre mantener a López Rega en sus cargos o congraciarse con la mayoría de la opinión pública que lo detesta y critica acerbamente.